

encuentra el modo de mantener su mala vida, lo sabemos. Por parte, sabemos de algunos teóricos democráticos que han visto en la digitalización, las redes y la tecnología de las nuevas comunicaciones los augurios de una democracia más profunda. Léase a Pierre Rosanvallon o a John Keane y se me dará la razón.

¿Neutralidad de la técnica? No. Habilidad de los malos para extender el mal.

Pero, a pesar de todo, no abandono a Byung-Chul Han, porque una persona inteligente y de mi aprecio me ha dicho que *El aroma del tiempo: un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse* es un buen libro. Ya veremos a qué huele.

Juan Fernando SEGOVIA

Michael J. Colebrook, *The recurrence of the end times. Voegelin, Hegel, and the Stop-History movements*, Lanham-Boulder-New York-London, Lexington Books, 2022, 202 pp.

Este tomo de Michael J. Colebrook: *La recurrencia del fin de los tiempos. Voegelin, Hegel y los movimientos de la Stop-History*, forma parte de la colección de libros «Teoría política para hoy» que se publica bajo la edición de Richard Avramenko, de la Universidad de Wisconsin, Madison. Colebrook es doctor en filosofía; ha sido profesor en la Universidad de Dallas y en la Universidad de la Asunción, y en la actualidad es director de la Academia Clásica de Tulsa, en Oklahoma, además de servir como oficial de inteligencia en la reserva del ejército de los Estados Unidos de América. En 2015 había publicado su tesis acerca de la crítica de Voegelin al fin de la historia.

El autor sostiene que nuestro mundo, siendo moderno, es hegeliano, porque la Modernidad es hegeliana. Por eso mismo, Voegelin –un escrutador de la Modernidad–, no obstante haber malinterpretado a Hegel, sirve para interpretarla sin sucumbir en el intento, inmunizando contra la escatología secularizada del fin de la historia.

La Parte I presenta la controversia general acerca del fin de la historia y consta de dos capítulos. En el cap. 1, el autor presenta «El fin de la historia, las políticas de identidad y la trascendencia», recordando la conocida tesis de Francis Fukuyama sobre el fin de la historia, basada en la capacidad de las democracias liberales

capitalistas para promover el bienestar económico que satisfaga las necesidades humanas, por generar un consenso global en torno al «reconocimiento» universal sostenido en la admisión de derechos inherentes al hombre y la igualdad ante la ley. Colebrook defiende la apuesta de Fukuyama si bien le reconoce errores de detalle.

Es aquí en donde Voegelin –leído de la mano de Glenn Hughes– puede corregir a Fukuyama porque su falencia descansa en la antropología: el hombre procura más que reconocimiento, las necesidades humanas poseen una jerarquía, ocupando el primer lugar el deseo de trascendencia, que ha sido reprimido en el occidente secularizado. El problema que advierto es sobre el significado de la trascendencia: ¿conectarse con los misterios del cosmos?, ¿formular metanarrativas?, ¿trascender dentro de la historia misma? Son ideas que el autor siembra.

El cap. 2 indaga el origen de las interpretaciones erróneas de Hegel, que está en la lectura de la *Introducción a la lectura de Hegel* de Kojève –que siguen tanto Fukuyama como Voegelin. Para Voegelin, Hegel es un falsificador de la historia; su mente está transida de gnosticismo, neoplatonismo, enciclopedismo, lo que explica su deformación de la escatología cristiana. Todo este complejo es considerado en la Parte II: «Hegel y la crisis de la historia de la salvación cristiana», un estudio –en cinco capítulos– de la forma en la cual Voegelin ha entendido a Hegel: cómo a partir una concepción cristiana sagrada de la historia Voegelin devela el trasfondo gnóstico en Hegel (véase el cap. 6), trasfondo a partir del que reescribe una «historiogénesis» (concepto acuñado por Voegelin para exponer el sentido espiritual –no lineal– de la historia, que habilita la comprensión del orden de la historia) paralelo y opuesto al de la tradición, una visión inmanentista, «egofánica».

Al entrar en la Parte III, Colebrook se detiene en el rol de la intencionalidad en la historia, preguntándose primero (cap. 8) por el papel de la conciencia en Voegelin y los límites de la teoría de la intencionalidad de Husserl, una crítica de la conciencia egofánica: el poner la conciencia humana en el orden del mundo en lugar de la manifestación de la divinidad (kantismo, hegelianismo, historicismo, etc.) En el fondo, Voegelin apunta al cartesianismo y la conciencia fenomenológica, y postula una idea de la conciencia receptiva y no constitutiva de la realidad, sino que participa de ella (la historia), aunque su concepción es más compleja, paradójica, llena de recovecos y dificultades. Luego (cap. 9), Colebrook da la interpretación que de ello ha hecho Kojève del

Hegel de la *Fenomenología*, la identidad de tiempo (historia) y concepto (conciencia), esto es, de objeto y sujeto.

Y de aquí deriva (cap. 10) hacia el problema del tiempo y de los movimientos de la *Stop-History* en la perspectiva de Voegelin: éste los entiende como resultado del sistema hegeliano que no admite preguntas fuera de él mismo (gnosticismo), convertido en las ideologías contemporáneas que pretenden detener la historia a través de la violencia. En el corazón de estas teorías palpita el hegelianismo: lo que da significado a la historia es la libertad humana que busca el reconocimiento universal. Y es así en virtud de la concepción del tiempo como algo empírico (Hegel leído por Kojève), en lugar de ser algo interno a la conciencia no reducible al mundo exterior (Voegelin), oposición que lleva a la puja entre el reconocimiento social (la historia como objeto del trabajo humano) y el deseo de trascendencia (la historia como participación en la realidad de la divinidad). Estos movimientos de paralizar la historia pretenden expulsar o superar el misterio de lo trascendente que envuelve la historia: la inmanencia, la secularización.

En los siete capítulos que conforman la Parte IV volvemos a Hegel y a la lectura que hiciera Voegelin, pero ahora con la singularidad de que Colebrook entiende que esta lectura presenta a Hegel como un caso psiquiátrico. Son siete capítulos que nos hacen pensar que, para el autor, sería como el corazón de su libro, pues aventura que la crítica de Voegelin es psicológica y existencial. No voy a desarrollar los argumentos de los que se vale el autor, sino reducirlos a una sola afirmación: Hegel padece de una inseguridad ontológica existencial, causa que lo lleva a imagina o producir una segunda realidad que oculta la realidad existente.

En fin, ya en la Parte V—que consta de seis capítulos—, Colebrook examina el estudio que sobre Hegel hiciera Kojève—concretamente, la tesis del fin de la historia ligada a un Estado homogéneo y universal—, preguntándose si es una exégesis válida o una deliberada falsificación. Por supuesto que, si Voegelin está equivocado, lo ha de estar también su mentor Kojève. Según el autor, Hegel presenta el Estado prusiano como un momento conclusivo, pero que no está cerrado a revisiones; se trataría del fin de una era, que algunos han entendido equivocadamente como el fin de la historia, lo que no es admisible desde que Hegel rechaza todo conocimiento del futuro.

Y alcanzamos la conclusión, brevísima (de solamente 3 páginas). Voegelin se ocupó de Hegel en varias obras, pero singularmente en dos: el capítulo en una obra colectiva titulado «Hegel: un

estudio en brujería» (1972); y en su libro *La edad ecuménica* (1974). Sin embargo, al final de sus días, al escribir *En busca del orden*, inconcluso, publicada tras su muerte en 1999, no fue tan agresivo en sus críticas: lo comparó al prisionero de la cueva platónica que veía todo deformado. Pero nada más, salvo algunas ideas de Colebrook sobre el nihilismo reinante y la necesidad del diálogo con los antiguos para hacer frente a las «homicidas ideologías escatológicas».

Confieso ser débil entendedera, senil, porque no puedo comprender un libro que anda a los saltos de un tema a otro, haciendo «pininos» entre mil materias sin detenerse en profundizarlas. Se podría decir en su defensa que se trata de una visión de conjunto, algo así como un panorama general, pero lo cierto es que –si así fuera– la sensación permanente es que todo está a medio exponer, como una casa no acabada: están los fundamentos, pero carece de paredes y de techumbre.

Me pregunto: ¿visión general de qué o de quién? No lo es del fin de la historia, tampoco de Hegel o de Voegelin. Por otra parte, hemos visto que Kojève tiene un lugar capital en el libro, sin que se lo reconozca en el título. Además, ese mismo título resultaría engañoso: no hay prácticamente nada –salvo el breve cap. 10, de 10 carillas– sobre los movimientos que buscan detener la historia.

En fin, la historia no se detiene, pero sí esta reseña.

Juan Fernando SEGOVIA

Lorenzo Sabbadini, *Property, liberty, and self-ownership in seventeenth-century England*, Montreal & Kingston – Londres – Chicago, McGill-Queen's University Press, 2020.

Muy poco sé de Lorenzo Sabbadini. Sí, como dice él en los agradecimientos, que luego de haberse doctorado trabaja como abogado del gobierno en la Tesorería de su Majestad del Reino Unido. Este libro es fruto de su disertación doctoral en la Universidad Queen Mary de Londres, supervisada por Quentin Skinner.

En la «Introducción», nos pone sobre aviso de lo que ha de tratar y cómo lo hará: de la autopropiedad (*selfownership*) como un concepto republicano en relación con el poder arbitrario, porque la interferencia arbitraria en la propiedad privada socava la libertad. El campo de estudio de su tema es la Inglaterra del siglo XVII, que, al igual que su director, Sabbadini considera uno de los